

La Capilla de Santa Tecla en la S. I. C. B. M. de Burgos

SEGUNDO CENTENARIO

(1736-1936)

(Continuación)

VIII

CORRIDAS DE TOROS

El Ayuntamiento, o el «Regimiento», como se llamaba entonces, no podía inhibirse en unas fiestas que tan hondamente conmovieron la vida burgalesa, y a ello hubiera equivalido el limitarse al papel meramente pasivo de invitado, como hasta ahora parecía. La corporación popular organizó por su parte las «fiestas de ciudad», consistentes en las indispensables corridas de toros, que por la solemnidad del caso fueron verdaderamente extraordinarias, tal que provocarían no pequeña envidia a los taurófilos de nuestros tiempos.

No eran antiguamente las corridas como ahora, un espectáculo dirigido por empresas de tipo francamente comercial, y ejecutado por profesionales; tenían un verdadero carácter de deporte en el noble sentido que hoy atribuimos a la palabra. Eran fiestas que patrocinaba la autoridad municipal, dejando su ejecución a la gente moza que en ella lucía su habilidad y destreza. En aquella época en que el ambiente de lucha iba cediendo ante costumbres más suaves y morigeradas, estas solemnidades eran la continuación, y mejor el sustitutivo de otras de apariencia guerrera, de las justas y torneos, en que los jóvenes caballeros hacían gala en el palenque de su brioso empuje, de su ardor bélico, aunque el choque fuese con armas corteses. No existían tampoco lugares a ello exclusivamente dedicados, sino que se aprovechaba la plaza urbana de más capacidad. En Burgos se celebraban generalmente en la Plaza Mayor, y alguna vez en la Plaza del Mercado o la Comparanda, habiéndose utilizado también plazas desmontables, hasta 1862 que se inauguró la actual.

La Plaza Mayor se decoró en esta ocasión notablemente, simu-

lando cose de bizzarria, pintando en él con notable lujo de tramoya, escenas guerreras y campestres. No era total, como hoy, su urbanización, aunque ya tuviera análoga disposición de líneas, hasta marcar el conocido actual ochavo. En algunas zonas donde las casas eran menos elegantes, o donde faltaban edificaciones, habían disimulado la pobreza con vallados y telones de discreta escenografía imitando muros de rico jaspe, y coronando todos los aleros, cornisas y tejados con flameros artísticos y florones versallescos. Las fachadas que de por sí estaban pulcramente cuidadas, quedaron al descubierto, bien que mejoradas en el detalle, reservándolas para la gente de viso y significación. La balconada del Consistorio (no la del actual, construído en 1791, sino la que el Ayuntamiento tenía en su casa de Carnicerías), se realzó con el bronceado del herraje, la cual ocupó la Ciudad. El Cabildo se colocó, según era de costumbre en ocasiones semejantes, en la casa solariega del Marqués de Avilafuente (hoy la moderna casa de la Plaza Mayor, núms. 61-67), cuya balconada se amplió en obsequio de los prebendados forasteros. Algunas otras ventanas y balcones, distribuídos en varios lugares de la plaza, estaban reservados a representaciones de diversas entidades civiles y eclesiásticas. Para dotar al improvisado circo de todas las condiciones apetecibles en el festejo, su ruedo, entonces áspero y desigual, se cubrió de roja arena, y fueron cerrados los accesos (para lo cual los dueños de las casas tenían habitualmente el maderamen necesario) dejando cuatro principales puertas, sitas en las bocacalles de Gallinería, Cantarranillas, Carretas y Mercado, con otras varias faltriqueras o puertas menores, ofreciendo así notable comodidad y desahogo al público. Los toriles, que siempre habían sido muy bastantes con los corrales que el Ayuntamiento tenía al lado de la puerta de Carretas (solar de la actual casa consistorial) se ensancharon por esta vez, construyéndose otro toril en la bocacalle de Carnicerías.

Varjas habían sido las ganaderías encargadas de suministrar las reses, que desde unos días antes pastaban, a prevención, en los alrededores de Burgos. De la ganadería de Portillo, se habían recibido dieciseis ejemplares de hermosa lámina, que estaban en las Pastizas. Del Campo de Salamanca habían llegado doce, que esperaban su día un poco más distantes, en el inmediato pueblo de Villalvilla. La ganadería de Pedrosa envió ocho píos que aguardaban en Buniel, y doce de Egea de Navarra pastaban en Casa la Vega, famosa finca de utilidad y recreo, cercada por entonces, y entonces propiedad del Condestable de Castilla y Duque de Frías.

Para conocimiento de la fiesta, tan diversa de la actual, hemos

de tener en cuenta que las corridas de toros comenzaron a practicarse, aproximadamente como hoy se realizan, precisamente en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando los toreros de a pie, un tiempo meros auxiliares de los alanceadores y rejoneadores ecuestres, se convirtieron en espadas, adquiriendo una importancia mayor que los jinetes. Además en una época de afectada cultura, como el siglo XVIII, no podían faltar en ninguna diversión, y menos en las taurinas, alusiones y toques a la mitología clásica, entreveradas ingeniosamente con la fiesta propiamente taurómaca.

En el día 3 de Julio comenzaron las corridas, correspondiendo actuar a la ganadería de Portillo, que tenía fama de presentar ejemplares los más a propósito para la suerte de «pica de rejoncillo». A media noche fueron llevados con ayuda de mansos por el Hospital del Rey, Vega y eras de Santa Clara a la Puerta Margarida (emplazada junto al antiguo palacio de las Cuatro Torres, (sobre cuyo solar se levantó recientemente la Capitania General) donde se había hecho un cerrado provisional. Desde allí, a las ocho de la mañana, previo despejo de la calle por el alguacil mayor y sus satélites, fueron conducidos por Cantarranillas a los toriles en espera de la corrida.

A las tres de la tarde aparecieron en la plaza, con toda pompa y boato, el Corregidor de Burgos, D. Fernando Valdés y Quirós (1), y su Teniente D. Francisco Antonio de Cuellar, en coche de tiros largos, precedidos por el alguacil mayor y los ministros del Adelantamiento de Castilla y el Alguacil del Alfoz burgalés, montados en brujosos caballos.

En esta corrida se hacía alusión a los amores entre Omphale, Reina de Lidia, y Hércules, los que se representaban en el coso burgalés paralelamente con las suertes del toreo. Para ello se construyó en la bocacalle de Cantarranillas una bien imitada prominencia rocosa,

(1) Desde 1725 era corregidor D. José Valdés Sierra y Llano; mas hubo de ausentarse al Madrid en uso de amplia licencia por motivos de salud, siendo sustituido en la administración de justicia y en la presidencia del concejo, respectivamente, por D. Alonso Núñez Carrasco, su teniente, y por D. José Güemes y Varona, Regidor-Decano, a quienes reglamentariamente correspondía la sustitución. En lo concerniente a los ramos de Guerra y Hacienda había subdelegado con superior autorización a su hijo D. Fernando Valdés y Quirós. Ante los posibles acontecimientos que el inculcable concurso de las próximas fiestas provocaría, estimaron en la Corte que para mayor eficacia en los resortes de gobierno se hacía necesaria la unificación de poderes en el corregimiento, por lo cual el 16 de Junio se nombró corregidor interino al joven D. Fernando, quien se posesionó en 22 de este mes con las solemnidades de rigor. Regentó el corregimiento con carácter interino hasta el 19 de Agosto de 1742 en que le fué otorgada la propiedad, desempeñando el cargo hasta el 16 de Setiembre de 1747 en cuya fecha obtuvo el nombramiento de Corregidor de Córdoba.

sobre la cual y bajo arco de hiedras había de presidir la Reina con sus ninfas, invitando a Hércules a rendir las fieras. El papel de valeroso Alcides corría a cargo del caballero D. José Rodríguez de Mora, célebre por su destreza y bizarría en el arte de picar.

Hecho el despejo de la plaza por una compañía de granaderos, apareció la comitiva de Omphale. Venía precedida de clarines y tambores; a estos seguían doce parejas de jóvenes a caballo, los que días antes hicieran el pregón de las fiestas. A continuación cabalgaba el Caballero en plaza sobre brioso corcel, propiedad entonces del corregidor Valdés, y antes del Marqués de Rivadavia. Acompañándole al estribo dos chulos y doce lacayos vestidos de negros y turcos, portadores de rejonés y banderillas. Formaban a continuación veinticuatro agraciados volantes escoltando el carro triunfal que llevaba a Omphale y sus ninfas. Al servicio de la carroza iban dos autome-dontes y seis lacayos, y cerraban la comitiva las cuatro mulas para el arrastre, ricamente enjaezadas. Dos veces dió la vuelta al ruedo este cortejo entre salvas de aplausos, y una vez colocado en Cantarranillas y retiradas las carrozas, el caballero, previo el ceremonioso saludo a la bella Omphale, a las autoridades y al cabildo, comenzó la lidia después de obtener la llave de manos de la hermosa reina. Cupo la primera suerte al toro «Rabón», excelente ejemplar de lámina y poder, tanto que aguantó hasta cuatro veces el castigo. Al primer rejón recibió el Caballero la cinta de premio, y al cuarto quedó el toro tinto en sangre, sin que pudiera ya embestir, rematándole entonces la cuadrilla a estocadas. A una seña de la Reina fué el toro arrastrado de la plaza, al toque de cajas y clarines.

Continuó el desfile de bichos. En segundo lugar corrió el «Corzo», de muchos pies y resistencia, luego el «Carbonero», más tarde el «Nevado», sino que hubiera nada de particular. Se lidió después el «Greñudo», toro bravo y mal intencionado. Cuatro rejonés llevaba recibidos sin percance alguno para el diestro, mas en una rápida embestida hirió al caballo. Al llegar el toro a su jurisdicción sesgó el picador hacia la izquierda la cabeza del caballo con un movimiento de la mano de la rienda; pero la res era un poco corniabierta, y así el pitón, resbalando en el estribo del caballero, vino a herir a silia pasada en la grupa al caballo, que si bien pudo salvar al jinete, él murió a las pocas horas, de resultas de la herida.

Prosiguió la corrida con el «Bravito». En ella el rejoneador hubo de montar un potro algo indócil y con ello la faena resultaba poco lucida, tanto que sumamente excitado al ver que el éxito final no había de coronar su empeño, hasta entonces tan bien llevado, de-

jaba ver marcadamente sus propósitos de descabello; por la cual la Reina de la fiesta, queriendo dejar muy a salvo el pundonor de su galán, ordenó, dentro de las facultades discretionales que le concedían las prácticas al uso, retirar el caballo. Los auxiliares, chulos y volantes, se encargaron entonces de rematar a la fiera a estoque, iniciándose un acoso accidental y excesivamente movido, no faltando lances y cogidas, afortunadamente leves, que provocaron la hilaridad del público.

Montó el torero su caballo anterior, ya repuesto algún tanto de las heridas, y con él alanceó el séptimo toro, el «Gacho», y al tercer rejón le dejó postrado, terminando con ello su faena, para acudir en seguida al trono de Omphale a recibir el bien merecido galardón.

Iba declinando el día tanto, que al atardecer, y casi entre dos luces, salió a la plaza el toro «Corniverde», cuya suerte fué confiada a las cuadrillas de negros y turcos, los que lidiaron a golpes de daga en movida algarabía, hasta dejar al pobre animal acribillado de heridas, terminando el acoso sin ninguna gallardía, al toque de degüello ordenado por la Reina a son de clarines. Quedaban varios toros sin lidiar, mas aún no se conocían las corridas nocturnas; así que con el toro «Corniverde» dióse por terminada la de este día. Entonces se encendieron las luminarias en todo el ámbito de la plaza, y en los aposentos que ocupaban el Ayuntamiento, el Cabildo y las demás entidades y corporaciones se sirvió el acostumbrado refrigerio. Mientras tanto se retiró el cortejo de la Reina de Lidia con el mismo aparato y solemnidad con que había venido. Acto seguido se quemó en la Plaza un bonito castillo de fuegos artificiales.

Los toros de Egea de Navarra eran los señalados para la segunda corrida, la del día 4 de Julio. Amaneció un día sereno y espléndido; el claro sol de Castilla brillaba radiante en el intenso azul de su cielo, que es según aforismo del *argot* taurino, ambiente indispensable para la fiesta, y el pueblo entusiasmado con la corrida del día anterior había acudido ya de mañana en extraordinario número a presenciar el encierro.

Muy temprano habían salido los toros de Casa la Vega, deteniéndose a pastar en Prado Segadero, inmediato al lugar que hoy llaman Prado de las Carderas, y desde aquí por Puerta Margarita y Cantarranillas fueron conducidos a la plaza. En esta misma mañana hubo una corrida en la que picaron juntos los hermanos caballeros en plaza, D. Juan y D. Pedro Marchante, cuya especialidad y estilo sobresalía en el uso de «varas largas», o «de detener». Montaban los Marchantes gallardos potros para las suertes, y se adorna-

ban con vestido de grana, casaquilla andaluza de mangas perdidas, sombrero blanco y calzón y botines de gamuza.

Apenas llegó el Ayuntamiento, ocupó los balcones del Consistorio, y obtenida la venia por los Marchantes, ordenó el Corregidor comenzase la fiesta. Soltáronse en primer lugar los toros sobrerros de la tarde anterior y correspondió a D. Juan Marchante iniciar la lidia, consistiendo la faena en *deterer* a seis toros, lo que se verificó sin percance alguno, como no fuera la herida (un ligero rasponazo) del caballo de D. Pedro, y que D. Juan salió con un botín roto de la refriega, que terminó a las doce.

La corrida de la tarde fué más importante, y en ella se desarrollaron muy variados lances, alguno, v. gr., que comenzó con presagios de tragedia y felizmente terminó en regocijada comedia. Ya hecho el despejo por los granaderos, iban llegando lentamente las carrozas. Aún estaba en la arena el Corregidor, seguido de alguaciles y ministriles, dando las últimas disposiciones, y honrábase, acompañándole un notable cortejo de regidores y magistrados, cuando dos toros, de mucho poder y brio, mosqueados más de lo que podía aguantar su sangre caliente, quebrantando el encierro de los toriles, irrumpieron en la plaza, provocando los naturales sustos y carreras. El lucido acompañamiento del corregidor quedó disuelto al instante. Aquellos respetables señores, graves por los años, mesurados y ecuánimes por el cargo, magníficos por el empaque, perdieron en un momento gravedad, medida y señorío, saliendo a todo correr, cuanto su edad ya provechamente les permitía, por la que hoy es calle del Cid, entre el estupor de tablados y balcones. Recobrados los cornúpetos, sin más que lamentar que los correspondientes sustos, regresaron los magistrados a la plaza entre la zumba y rechifla del público, que comentaba socarronamente la huida por aquella calle, que entonces se llamaba, por sarcasmo de la suerte, la calle de la Gallinería.

La corrida de hoy, además, tenía mucho de cómico por la forma con que estaba preparada; era una anticipación de las actuales corridas bufas o charlotadas. Apareció una descomunal tortuga que ofrecía en sus conchas cuatro perlas: los ingeniosos y entonces celebrados toreros, de a pie, Manuel el Vidriero, Luis Peroles, Blas el Cantero y Manuel el Vizcaíno. Adornábanse con casacas y toneletes, galonados de oro, camisolas a la portuguesa, mantillas azules, peinado con rodete y grandes abanicos, fingiendo porte y continente mujeril. Precedían veinticuatro volantes armados de picas y acompañaban al carro en plan de galanes ligados a este artilugio con cadena de plata, representación del lazo amoroso que les unía, Manuel Arroyo, Ale-

jandro el Mulato, Martín el de Egea de Navarra y Manuel el Valenciano, alias «Boca sin dientes», elegantemente vestidos. A ellos seguía numeroso séquito de criados y pajes, cerrando la comitiva las mulas de arrastre, lujosamente aparejadas. Después de hecho el paseillo por estas cómicas cuadrillas, apeáronse las damas-toreros y galanes-toreros en un estrado frente a Cantarranillas, y retirada la tortuga comenzó el festejo.

Durante la ejecución de las suertes, damas y galanes simulaban pantomina de gracioso galanteo, sirviendo unos y aceptando otras mil finezas y atenciones de gruesa estofa, desde luego, que la presencia de los astados en la plaza permitía. Así, cuando los toreros iban a ofrecer un obsequio, citaban al toro, y acometidos de la fiera, servían a la dudosa dama con gracioso donaire y remataban la suerte en seguida. Los toreros-damas, por su parte, cuando les correspondía actuar, con mucha desenvoltura se desprendían del atuendo femenino, y empuñando la garrocha completaban el lance. La faena así desarrollada entre bromas y veras (tanto que el cronista oficial de las fiestas se permitía describir la corrida escenificándola ingeniosamente con diálogos intercalados de damas, toreros y aun toros), fué completa. Consistió en capea, banderillas y con algún bicho alanceo a caballo, y como suerte final el desjarrete, con toda la variedad de empeños, entonces catalogados, y alguno más que no entró ni entonces ni ahora en la terminología taurina, pues resplandeció sobre toda otra nota estimable la de la inspiración del momento.

Para término de la fiesta estaba preparado un árbol de fuego, mas una tormenta de agua y granizo que rápidamente sobrevino, impidió que se quemaran estos fuegos artificiales, finalizando así la jornada de aquel día.

El 5 de Julio, tercero de corridas, el número de bichos que habían de ser lidiados ascendía a veinticuatro. Del campo de Salamanca procedían doce, que pastaban en Villalvilla, y doce píos aguardaban en Buniel, procedentes de la vacada que en Tordesillas tenía el señor Pedroso. Unos y otros despertaban poderosamente la atención, los de Salamanca por la fama de bravos de que venían precedidos, y los de Tordesillas por la finura de su capa de blanco color, entonces casi desconocida. La afición taurina estaba sobreexcitada de modo extraordinario con las corridas precedentes, y ante la esperanza del espectáculo sumamente divertido que había de proporcionar el traslado de los cornúpetos a Burgos, se desplazó a Villalvilla y Buniel la noche anterior para acompañar al ganado. Muy bien arropadas de mansos y pastores venían las reses por el camino viejo de la

vega. Mas ante el alocado entusiasmo de la multitud no se pudieron evitar accidentes desagradables. Dos jovenzuelos que demasiado de cerca se atrevieron a azuzar a un toro fueron seriamente corneados por él.

La corrida de este día ofreció ya bastante parecido con las de nuestros tiempos. La tauromaquia atravesaba entonces un período de crisis en los procedimientos, no habiendo adquirido plenitud de derechos en el toreo de a pie hasta la segunda mitad del siglo XVIII, en el que culminó la lidia actual. Para mayor variedad, imprimiéndose además a la corrida matices y tonalidades guerreras. Organizáronse las cuadrillas en tres compañías a la usanza militar. Reconocía la primera como jefe al torero Arroyo, con divisa encarnada, que tenía a sus órdenes a Peroles, al Vidriero y al de Egea. Otra era conducida por Pedro Alonso, que con distintivo azul mandaba a Agustín el Mulato, al Vizcaino, y al Mulatillo de Falces. Fraile, con librea verde, gobernaba la tercera, teniendo como subordinados al Tuerto de Madrid, a Boca sin dientes, y a un hermano de este último, menos conocido que él en el mundo de la taurofilia. La fiesta de la tarde prometía ser larga, una corrida monstruo por todos los detalles. En vista de ello, el Corregidor autorizó la entrada de vendedores de bebidas y meriendas en la plaza, cosa que la seriedad de la lidia no consentía habitualmente a juicio de nuestros antepasados. Para la tranquilidad urbana señaló un piquete de milicianos armados de carabina que vigilase la ciudad, desamparada de sus habitantes durante la corrida. Y para la seguridad de la plaza él mismo inspeccionó los tablados, puertas, tendidos y burladeros. Aún no estimó bastantes estas precauciones. En las corridas anteriores, terminado el despejo los fornidos granaderos rompían filas y se colocaban entre sus amistades particulares en busca de más gratos solaces que los consentidos por la severa rigidez de la formación militar; mas en esta ocasión la benemérita compañía quedó formando doble retén, con una sección bajo las balconadas del Ayuntamiento, y otra junto a la casa del Marqués de Avilafuente, ocupada por el Cabildo.

Saljó en primer lugar el «Lebrero», el que gastado con la intervención de los caballos, fué pronto rematado por la cuadrilla de Pedro Alonso. Siguió el «León», que arremetió con empuje contra los de a pie, quienes mal lo hubieran pasado a no ser por la rápida intervención de Pedro Marchante, que quebró sobre el bicho tres varas largas hasta que, aprovechando una retirada, tuvo ocasión la cuadrilla de Arroyo de acosarle y darle muerte. El tercer toro era el «Tigre», bravo y codicioso, y por ello de poca labor. Los herma-

nos Marchante le hicieron «el par», cogiéndole uno a derecha y otro a izquierda «a caballos parados», deteniendo sus embestidas. En una segunda suerte el brioso alazán del Marchante menor fué seriamente herido, procediendo entonces la cuadrilla del Fraile a la suerte final de matar. Vino después el toro «Payo», cobardón, resabiado y marraj, que jamás acudía a la cita. Por dos veces intentó huir saltando el tablado, y lo hubiera conseguido, por Trascorrales, la primera vez, a no dificultarlo una pobre mujer de las vendedoras de la plaza. Repitió luego el intento por Cantarranillas con más éxito que la primera vez, tanto que fuera ya de vallado, hubo de darle muerte ignominiosa la cuadrilla de Alonso, sin que intervinieran los caballistas. El «Remendado» era corniabierto, y resultó el de más trapío de la tarde. En un derrote por el lado izquierdo puso en gran peligro la vida de Pedro Marchante, que la salvó gracias a la pronta intervención de su hermano Juan, no sin que perdiera el caballo rojo. Presto acudieron también en socorro Arroyo y Agustín el Mulato, quienes sin más ayuda le remataron. En el siguiente toro, «Lagarto», comenzó la faena solo D. Juan, secundado por la cuadrilla de Arroyo, por haberse retirado D. Pedro a remontarse, quien al regresar, un poquito herido en su amor propio, hizo verdaderos prodigios de valentía, infligiendo tal castigo a la fiera, que una estocada de Arroyo fué bastante a quitarle la vida en medio de clamorosa ovación.

Ai último toro, «Ligero», cúpole suerte distinta de los demás. Para que el veterano alanceador Juan de Pras pudiera demostrar lo vigoroso de su brazo y el temple de su espíritu, habíase preparado, frente a los balcones del Ayuntamiento, una emboscada en forma de trinchera disimulada, en la cual estaba oculto Pras. Citado el toro hacia aquella parte por una de las cuadrillas, acudió el animal, y al saltar la zanja, entre brioso y desconfiado, el temerario empuje del torero le atravesó de parte a parte, quedando ensartado en la lanza.

Al correr el toro «Pinto» iba oscureciendo el día y entonces el Presidente ordenó retirar a los Marchantes, quedando la faena solamente para los de a pie hasta lidiar los toros de Salamanca. Terminóse la corrida de esta tarde quedando intactos los toros píos.

Para completar las diversiones de hoy habíase preparado una gran combinación de fuegos artificiales, consistente en un ingenioso cruce de luces y bengalas, que procedían de dos árboles inmensos, introducidos en la plaza, imitando el ataque y contestación a los fuegos entre dos baterías enemigas. Para simular mejor la apariencia de agresión guerrera, doce muchachos discurrían batallando en el

área de fuego con espadas, broqueles y morriones de ígneo color.

Con tales diversiones se prolongó tanto la fiesta, que hasta las diez y media de la noche no se dió por concluída.

Como no era cosa de que los toros píos volviesen a pastar otra vez en las amenas praderas que baña el Duero, sobre todo habida cuenta que después de tanta fiesta taurina la afición había de estar sobreexcitada, pensóse en una corrida que fuera por lo menos como liquidación y remate del programa, la que tuvo lugar el día siguiente, 6 de Julio por la mañana. Aún quedaba humor en el pueblo para asistir a la lidia, la que por los elementos disponibles podía resultar una corrida formal en toda regla; mas como había pasado el tiempo oficial de fiestas, ya no presidieron las autoridades, quedando la brega en plan de capea, a cargo de los peones que habían actuado la tarde anterior.

MANUEL AYALA LOPEZ.

(Continuará).